



**desdelosimple**

Para contemplar la vida

Domingo XXIV del Tiempo Ordinario  
Eclesiástico 27, 33-28,9; Salmo 102; Romanos 14, 7-9; Mateo 18, 21-35  
Septiembre 13 del 2020

## Condición para la Salvación

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

El discurso eclesiológico de Mateo termina hoy con una profunda enseñanza sobre la fuerza restauradora que tiene el perdón. Este es un signo de esperanza, que conduce a las personas a restablecer el vínculo de unidad querido por Dios. Desde la caída del primer hombre hasta nuestros días, Dios ha mostrado su poder ejerciendo su misericordia. Movido por amor a su creatura, sale siempre a su encuentro propiciando la manera de reencontrarse con ella dándole la oportunidad de restaurar su proyecto original. En este día la liturgia de la Palabra nos presenta la oportunidad de reconocer y anunciar los caminos de reconciliación que nos propone el Padre.

En un primer momento conviene recordar las palabras del Papa Francisco en la inauguración del año de la Misericordia, lo cual nos hará comprender las instrucciones del sabio del Eclesiástico, para aprender a liberarnos de la influencia de la venganza y asumir con valentía el camino del perdón y la reconciliación como una manera de vivir la alianza que Dios ha establecido con sus hijos e hijas, y que tiene como fundamento el amor de Dios. Así podemos entender su invitación “acuérdate de la alianza del Altísimo y pasa por alto la ofensa” (Ecco 28,7):

Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado. (Misericordiae Vultus n.2)

La prueba más grande de la misericordia, del amor de Dios, es la entrega de su Hijo para la salvación de todos. Esta es la razón por la cual San Pablo nos presenta una orientación cristológica para vivir nuestro discipulado. Nos hace reconocer el gran misterio de reconciliación que se nos ha dado en Cristo, de tal manera que atraídos por su amor, podamos también nosotros ofrecernos a nosotros mismos por los demás. Nuestra pertenencia a Cristo, es suscitada por su entrega incondicional en su muerte y Resurrección. Su entrega no es





# desdelosimple

Para contemplar la vida

simple solidaridad, sino donación absoluta. En el sacrificio en Cruz, se ofrece por nosotros y al resucitar sigue intercediendo por nosotros.

El amor desbordante de Dios, manifiesto de manera específica en el sacrificio de Jesús ofrecido por la salvación de todos, es una elocuente confrontación con la separación entre Dios y el hombre, y con la violencia cruenta entre los seres humanos, (ocasionadas siempre por la decisión de cada individuo). Aún en la cruz, Jesús clama por el perdón de quienes imparten el suplicio. Esta es una predicación contundente de la invitación que nos hace Jesús para acoger la misericordia del Padre. Allí entendemos la perfección del perdón. En el diálogo de este día, Pedro pregunta ¿Cuántas veces debemos perdonar? Si bien afirma la cifra simbólica de perfección (7) esta se eleva por la respuesta de Jesús que la acompaña con otra que indica totalidad (10). Esto nos recuerda que el camino de perfección nos conduce a imitar al Padre en su misericordia, Él no lleva cuenta, sólo mira la intención del corazón.

Con ello nos muestra la superación del deseo de venganza presente en los hijos de Caín: “Caín será vengado siete veces, mas Lámech lo será setenta y siete” (Gn 4, 24). El deseo de venganza se transforma, por la enseñanza de Jesús, en un amor desmesurado que conduce al perdón de acuerdo a la voluntad del Padre. Es un reflejo de lo que pedimos constantemente en la oración del Padre nuestro “perdónanos... cómo hemos perdonado” (Mt 6,12), nos señala la meta de santidad, “sean misericordiosos, como el Padre”(Lc 6,36) y todo se presenta bajo una pregunta que se dirige a nuestro interior para que al descubrir nuestro corazón, examinemos el grado de nuestro discipulado ¿No debías tú también compadecerte de tú compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti? (Mt 18,33)

Con la esperanza que nos da sabernos amados por Dios, preparémonos con la contrición de corazón para que podamos rezar a consciencia la oración dominical. La siguiente reflexión nos puede ayudar:

En la venganza no hay religión: Quien sabe perdonar se aproxima a la grandeza de Dios. Por lo mismo quien no quiere perdonar, quien se obsesiona en la venganza no puede pensar que sea sabio y religioso. Porque el sabio, en todo momento, pone a Dios por medio. (Fr. Miguel de Burgos Núñez, O.P.)

Nos encomendamos a Santa María Madre de Dios, ya que al proclamarla como Reina y Madre de misericordia, podemos encontrar en ella el camino cierto para entender y aceptar las enseñanzas de su Hijo, y así poder disfrutar de la Vida prometida.